

## EL FUNDAMENTO DE NUESTRA ESPERANZA: UN CRUCIFICADO-RESUCITADO

*Michael Moore, OFM<sup>1</sup>*

### Resumen

Como Vida Religiosa, estamos invitados a ser “centinela de esperanza”, de una esperanza que “no defrauda”. Pero para que no nos sintamos defraudados/os, es necesario tener una lectura realista de la historia que avanza dialécticamente entre esperanzas y des-esperanzas, entre apuestas y negaciones, ilusiones y desilusiones, muertes y resurrecciones. Como la de Jesús, también nuestras biografías se escriben con opciones de esperanza (vida), que muchas veces son contestadas o negadas (muerte) y tienen que resurgir como el ave fénix desde esas contradicciones, pero ahora resignificadas en clave jesuánica (resurrección).

**Palabras claves:** esperanza, muerte, resurrección, seguimiento, crucificado, resucitado.

### Introducción

Presentar la Vida Religiosa como “centinela de esperanza” –don y tarea–, supone serios desafíos. Y el primero de todos, creo, es tratar de dilucidar qué entendemos por esperanza. Suena, sin duda, sumamente consolador lo que el apóstol Pablo de Tarso aseguraba a los romanos dos mil años atrás y que ahora Francisco, el obispo de Roma, recuerda a todos los cristianos: “la esperanza no defrauda” (Rm 5,5)<sup>2</sup>. Pero, mal entendida, la esperanza sí puede defraudar, ilusionar, alienar, paralizar... ¿Qué queremos decir, pues, cuando decimos “esperanza”, en el lenguaje de la fe? En quién, cómo y hasta cuándo esperamos, pueden ser algunos de los interrogantes movilizadores ante esta actitud existencial que los cristianos denominamos como una de las tres virtudes teologales.

<sup>1</sup> Religioso franciscano, argentino, licenciado en Filosofía por la Universidad del Salvador (Buenos Aires) y doctor en Teología por la Pontificia Universidad Gregoriana (Roma). Actualmente es profesor ordinario de la Universidad Católica de Córdoba, e invitado de la Universidad Centroamericana José Simeón Cañas y de la Universidad Católica de Bolivia. Forma parte de la comisión directiva de la Sociedad Argentina de teología y del grupo de teólogos asesores de la CLAR (ETAP). Sus intereses en la investigación y publicación se centran en cuestiones fronterizas de Teología fundamental, Cristología, Ecoteología, Franciscanismo y diálogo con la Literatura.

<sup>2</sup> Francisco, “*Spes non confundit*”, Bula de convocación del jubileo ordinario del año 2025”, [https://www.vatican.va/content/francesco/es/bulls/documents/20240509\\_spes-non-confundit\\_bolla-giubileo2025.html](https://www.vatican.va/content/francesco/es/bulls/documents/20240509_spes-non-confundit_bolla-giubileo2025.html) [acceso: 3/12/2024].

En este breve espacio quiero concentrar la mirada teológico-espiritual en lo que constituye el centro de nuestra fe –y, por tanto, de nuestra esperanza–: me refiero al acontecimiento global de Jesucristo. Como para todo judío, el fundamento último –trascendental, en sentido ranheriano– de su esperanza era Yahvé mismo, el Dios de la promesa. Pero ¿cómo se fue articulando, nutriendo, modificando esa esperanza en la vida-vivida de Jesús de Nazaret? Una vez más, urge recuperar la humanidad real del Hijo de Dios para rescatar su historia concreta y así poder releer nuestras biografías –tejidas con hilos de esperanzas y desesperanzas–, a la luz de la suya.

Hablando a los corintios, el mismo Pablo les (nos) recordaba que “si Cristo no resucitó vana es [...] nuestra fe” (1 Co 15,14) y, por extensión, vana nuestra esperanza. Jesús resucitado, por tanto, constituye no sólo objeto de nuestra fe y esperanza –creemos que resucitó– sino también fundamento de las mismas: creemos porque resucitó. Y más arriba hacía referencia a lo “global”: con esto quiero decir que el evento –metahistórico– de la resurrección no puede separarse de su vida y de su muerte –históricas–. Lógicamente, el resucitar presupone previamente el morir y, este, el vivir. Por tanto, nuestra esperanza se fundamenta en un resucitado, que fue crucificado y que –antes– fue marginalizado. En términos un poco más formales: vida, muerte y resurrección en correlación hermenéutica constituyen un único acontecimiento revelador y salvador, cuyos tres “momentos” se pueden distinguir, pero no separar. Y leídos desde la clave de la esperanza, que es la que ahora nos interesa, podemos presentar la vida de Jesús como una apuesta esperanzada; las contradicciones y la muerte como una negación desesperanzadora de esa apuesta; y la resurrección como una ratificación y reivindicación de aquello que había dado sentido a su identidad y misión.

Jesús es la encarnación de la promesa de Dios y del Dios de la promesa en quien se fundamenta toda esperanza que se califique de cristiana. Pero como veremos, lejos está de ser una esperanza pasiva y, todavía menos, lineal e ingenua.

## **1. La vida como apuesta esperanzada**

Sintetizo el proyecto de Jesús de Nazaret en dos figuras que pueden leerse como la cara y la contracara: el Reino predicado e instaurado por Él, ante el cual se erige –potente e inexpugnable– el templo, como símbolo de una religiosidad que no quiere abrirse al eu-angelion.

### **1.1. El Reino**

Toda existencia humana –y la del Hijo de Dios lo fue plenamente– puede releerse desde alguna clave que permita dar un sentido unificado a lo que fue esa vida. Exégetas y teólogos coinciden hoy en afirmar que el tema del Reino fue la gran causa del profeta de Nazaret. Esperó –y apuró– el reinado de Dios, apoyado en el Dios del Reino y su promesa. Un Reino que, en lenguaje moderno, podemos traducir como un proyecto de humanización basado en la igual dignidad de todos los hijos de Dios y llevado adelante por la innegociable praxis de misericordia. “Misericordia quiero y no sacrificios” (Mt 9,13; 12,7; cf. Mc 2,17; Mc 12,33; Os 6,6) sintetiza de modo preclaro el “dogma” central de la propuesta jesuánica. Palabras y gestos que apuntan siempre a incluir lo excluido (por el poder político y/o por el poder religioso); a arrimar sillas al banquete, donde la comida es gratis, no cuenta la etiqueta, y los últimos son los primeros. Pero gratis no le saldrá dicha apuesta a ese judío marginal, porque “¿puede salir algo bueno de Nazaret?” (Jn 1,46). La renovación intrajudaica que proponía Jesús se fundamentaba en su experiencia de Yahvé como Abba, lo cual implicaba una manera algo distinta de relacionarse con Él y con los demás. Fue esa experiencia del Misterio último como Ternura incondicional lo que permitió a Jesús “reubicar” algunas “fichas” de la religión judaica tradicional, y apostar por dicha praxis de misericordia como camino de salvación.

Pero, claro: no todos apostaban por lo mismo. Los seres humanos necesitan de respuestas rápidas, preclaras y concisas para “ganarse” la salvación: “Maestro, ¿qué he de hacer para tener en herencia vida eterna?” (Lc 10,25; cf. Mc 10,17). Y así, aunque simplificando un poco el tema, podemos delinear cuatro posturas distintas en la época de Jesús –pero que se repiten en diversos grupos religiosos, ayer y hoy– que buscaban responder a esa pregunta. Los fariseos subrayaban la importancia de la observancia escrupulosa de la ley y las instituciones; los zelotes, pretendían apurar el Reino a través de la acción revolucionaria violenta; los esenios optaban por retirarse del “mundo contaminado”, aislarse y prepararse a través del culto esotérico; y, ya más cercano a Jesús, Juan y el grupo de los bautistas insistían en la necesidad de la penitencia y el bautismo para el perdón de los pecados. Ante estas miradas sesgadas –aunque todas tenían y tienen algo de verdad– el profeta de Nazaret vivirá y predicará como lo primero, fundamental e innegociable: “sean misericordiosos como su Padre es misericordioso” (Lc 6,36).

Recordemos que a la pregunta del legista –que, repito, es la de todo hombre que busca y espera salvación– Jesús responde contando la

parábola del buen samaritano. Me animaría a decir que mucho "tacto" el Hijo de Dios no tenía para decir las cosas...

## 1.2. El Templo

Y si la esperanza de Jesús se sintetiza en el binomio Reino-misericordia, la contracara de ese símbolo podríamos presentarlo con este otro binomio: templo-sacrificio. La oposición in crescendo entre Jesús y el templo queda atestiguada en los cuatro evangelios (cf. Mc 13,2; 14,58; 15,29: Mt 27,39; Jn 4,21; Mc 15,38). Obviamente, la cuestión no pasaba por esa institución sagrada en sí misma, sino por el grado de corrupción que había alcanzado en su época. Así lo sintetiza J.I. González Faus: "Había algo en aquel hombre "manso y humilde de corazón", que desataba su agresividad. Y era ver falsificado el Nombre de Dios, utilizándolo como razón para no hacer el bien, o sirviéndose del culto a Dios como fundamento de diferencias de trato entre los hombres (entre judío y gentil, entre mujer y varón, entre laicos y sacerdotes...). La "expulsión de los mercaderes" del Templo no fue una mera denuncia de (¿inevitables?) abusos económicos, sino la desautorización de una forma de culto que consagraba esas diferencias entre las personas. En estos momentos Jesús, literalmente, saltaba. Y no es que, para Él, Dios no hiciera diferencias: pero la única parcialidad de Dios era la parcialidad radical hacia los márgenes y sus moradores".<sup>3</sup> En otras palabras, una mediación que en vez de unir –a los hombres con Dios–, separaba –según raza, sexo, religión, condición económica, etc.–.

Ante ello, Jesús propone una suerte de "desplazamiento del centro de gravedad de la religión" (Ch. Duquoc): del templo a su persona, y de su persona a la historia (crucificada). Pero la casta sacerdotal ("la otra iglesia"), apostaba por otra cosa: sólo esperaba conservar sus privilegios y "pontificar" quien es "digno" de Dios y quien no. Así, el templo se erige como la gran amenaza a la apuesta esperanzada y esperanzadora de Jesús de Nazaret. De modo magistral así lo resume J. Moingt: "La gran revolución religiosa llevada a cabo por Jesús consiste en haber abierto a los hombres otra vía de acceso a Dios distinta a la de lo sagrado, la vía profana de la relación con el prójimo, la relación ética vivida como servicio al prójimo y llevada hasta el sacrificio de uno mismo. Se convirtió en Salvador universal por haber abierto esta vía, accesible a todo hombre. La abrió a través de su propia persona, aceptando pagar con su vida la blasfemia de haberle quitado al culto el monopolio de la salvación".<sup>4</sup> Y la "blasfemia" merece la muerte.

<sup>3</sup> Faus, *Memoria subversiva, memoria subyugante. Presentación de Jesús de Nazaret*, 19.

<sup>4</sup> Moingt, *El hombre que venía de Dios II*, 154.

## **2. La muerte como negación desesperanzadora**

El Reino de misericordia no sólo dio sentido a su vida, sino que también lo llevó a la muerte: vivió, se des-vivió y fue asesinado por la causa del Reino. La muerte en cruz cuestiona la validez de apuesta del nazareno: funge, dialécticamente, como negación del primer momento, y debilita la esperanza. Voy a circunscribirme a comentar brevemente tres escenas de los últimos días de Jesús donde creo que se patentiza ese oscurecimiento de la esperanza.<sup>5</sup>

### **2.1. El llanto**

En lo que constituiría su último viaje a Jerusalén, hay una escena –que muchas veces pasa desapercibida– de profunda hondura dramática y especialmente relevante para nuestra lectura en clave dialéctica de esperanza-desesperanza de la biografía de Jesús. Me refiero al llanto frente a la ciudad santa. Pero antes, hay que recordar aquellas palabras imprecatorias del Hijo de Dios: “¡Jerusalén, Jerusalén!, la que asesina a los profetas y apedrea a los que le son enviados! ¡Cuántas veces he querido reunir a tus hijos, como una gallina a su pollada bajo las alas, y no habéis querido!” (Lc 13,34). Desde estas lamentaciones cobran nueva densidad las palabras que Lucas pone en su boca más adelante: “Al acercarse y ver la ciudad, lloró por ella, mientras decía: ¡Si también tú conocieras en este día el mensaje de paz! Pero ahora ha quedado oculto a tus ojos” (Lc 19,41-42). Incomprensión, indignación y frustración caen de los labios del profeta. Jesús llora por la cerrazón de su pueblo que no quiere abrirse a la Buena nueva que Él ofrece. Ellos prefieren quedarse encerrados en sus pequeñas seguridades y privilegios, o en la espera de un mesías mágico que solucione milagrosamente todos sus conflictos.

Las altas murallas de Jerusalén ante la cual chocaron sus ojos una vez en el huerto de los olivos, llegando de Galilea, quizá le representaron burlonas metáforas de las defensas que sus paisanos levantaban ante ese Dios que, en Jesús, se mostraba demasiado vulnerable. Demasiado misericordioso.

### **2.2. La noche**

Si la escena del llanto rezuma una tristeza todavía serena, Getsemaní linda con el abismo. Es la noche. La noche total. La oscuridad todo lo abraza y

---

<sup>5</sup> Propongo una meditación más extendida de los últimos días de la vida, muerte y resurrección de Jesús en: Michael P. Moore, *El camino de la fe. Meditaciones a la luz (y a la sombra) del misterio pascual*, Madrid 2022 [disponible también en formato digital].

sólo se escuchan los susurros de la muerte que amenaza, inminente. Su alma “está triste a punto de morir” (Mc 14,34). Necesita hacer silencio, orar, pensar... y sentirse acompañado en medio de tanta angustia e incertidumbre. Por eso resulta casi patética la descripción que hacen los evangelistas: se acerca tres veces –símbolo de totalidad– a sus amigos más cercanos, como mendigando consuelo, pero estos duermen. Parecen no enterarse de nada. O su decepción es tan profunda que los lleva al aburrimiento y al sueño. Pero no sólo es cuestión de los hombres, porque tampoco consta que la oración dirigida a su Abba obtuviera respuestas de consuelo. Calla el cielo y calla la tierra. Y cae el Hijo del Hombre, con el rostro en tierra, mordiendo el polvo de la contradicción.

La escena de Getsemaní termina con la misma exhortación a los discípulos con la que empieza: “recen para no caer en la tentación” (Lc 22,46): en la tentación de creer que la noche es lo último, en la tentación de sentenciar la muerte de la esperanza... de una esperanza que ahora ha quedado reducida al tamaño de un granito de mostaza.

### **2.3. El grito**

El cénit de la des-esperanza se levanta en lo alto de la cruz y se cristaliza en un grito sordo. Sordo, pero no mudo: el grito está lleno de preguntas, llenos de por qué, de hasta cuándo, de para qué “¿Para qué todo esto? ¿habrá valido la pena?”, son interrogantes que me atrevo a pensar que le anudaron la garganta, el corazón y la fe a Jesús de Nazaret en los últimos momentos de su vida.

Colgado en el madero –crucificadas sus ilusiones– mira para abajo y no encuentra a ninguno de sus amigos (en Getsemaní, aunque dormidos, todavía podía verlos y tocarlos). Mira para arriba, en busca de algún consuelo divino, pero se interponen nubarrones negros entre Él y su Padre. En esa vulgar tarde de viernes –una más de las habituales crucifixiones masivas– el silencio lo rompen el zumbido de las moscas y algunas risas burlonas. Pero en algún momento surge, desde lo profundo de una humanidad que quiere darle una última oportunidad a la divinidad, el desafío lanzado al aire como una moneda: si en verdad Jesús es el Hijo de Dios, el salvador, que baje de la cruz o que lo descuelgue su Padre en quien puso la confianza... y entonces creeremos (cf. Mt 27,40; Mc 15,31; Lc 23,35). Pero lo cierto es que, cuando lo descuelgan, ya es un cadáver. La im-potencia del Padre es igual a la del Hijo, porque ante la libertad humana y su prepotencia, toda omnipotencia se traduce en impotencia. Jesús es bajado de la cruz, abrazado por la muerte. Desnudo el cuerpo, desnudas las esperanzas.

No habremos de olvidarlo: Dios nunca desenclava milagrosamente a sus hijos de la cruz. Ni siquiera a su Hijo muy amado, el Justo por excelencia. Y habremos de recordar que si Jesús gritó también a nosotros nos es lícito gritar en medio de nuestras des-esperanzas. La fe coexiste con la duda y la pregunta. La esperanza puede desembocar en gritos. Gritos de ayer y de hoy cuyos ecos siguen taladrando las paredes de la historia plagada de sin-sentidos y atrocidades. El último hálito de esperanza que queda en esos momentos se traduce en esperar que Alguien los esté acogiendo, abrazando y resignificando para un mañana.

### **3. La resurrección como reivindicación esperante**

Si la vida de Jesús significó toda una apuesta esperanzadora que se vio cuestionada en la muerte desesperanzadora, el tercer momento de la resurrección habrá que leerlo como reivindicación de la identidad y misión de Jesús, que abre a nuevas posibilidades de futuro y como negación de la negación.

#### **3.1. La confirmación**

En primer lugar, la resurrección que el Padre obra en la muerte del Hijo significa la confirmación de la identidad y de la misión de Jesús: Él es su Hijo muy amado y su reinocentrismo fundamentado en la praxis de misericordia es lo que Dios quería y quiere.

Luego, nos revela que nuestro Dios es un Dios de la vida y no de la muerte. Él se reserva la primera (creación) y la última palabra (consumación). Y esta última palabra nos dice que el amor es más fuerte que la muerte.

Por último, ratifica que la historia tiene sentido y futuro. Lo real no se agota en el pasado ni en el aquí y ahora, sino que se abre al novum del por-venir, a las nuevas posibilidades de un mañana distinto.

#### **3.2. La desautorización**

Y revela también, como contracara, que los victimarios quedan desautorizados: el rescatado de la tumba es una Víctima, desde la cual Dios se muestra "parcialmente parcial". Nuestro Dios está del lado de las víctimas y contra los sistemas –también contra las prácticas religiosas– que engendran deshumanización y muerte.

Por otra parte, la resurrección desautoriza a la muerte, la relativiza: no es lo último ni lo definitivo y, además, hay que considerarla en su posibilidad de pascua, de paso. Sin embargo, la historia testimonia, inapelable, que

la muerte sigue teniendo (muchas) palabras penúltimas. Entre la vida y la Vida, está(n), tozuda(n), la(s) muerte(s). Dolorosas, cuestionantes... pero que abren a una esperanza última.

Luego, desautoriza el presente como algo inapelable: lo real no es fatalistamente cíclico, sino procesual, inacabado, abierto, dinámico. Nos empuja a negar las pretensiones insolentes y absolutas de la realidad, su supuesto carácter sagrado, circular y cerrado, a romper la tendencia a instalarse en lo ya dado (en la sociedad y en la Iglesia).

¡No sólo existe lo tópico y lo distópico... sino también lo utópico!

## **Conclusión**

Como Vida Religiosa, estamos invitados a ser "centinela de esperanza", de una esperanza que "no defrauda". Pero para que no nos sintamos defraudados, es necesario tener una lectura realista de la historia que avanza dialécticamente entre esperanzas y des-esperanzas, entre apuestas y negaciones, ilusiones y desilusiones, muertes y resurrecciones. Sin duda, para los cristianos, el horizonte último lo determina el Dios de la promesa y las promesas de Dios. Pero, luego, en la concreción de nuestras biografías, esa esperanza trascendental se concreta y se niega en el juego de nuestras libertades creaturales. Así también lo vivió Jesús de Nazaret que creyó y esperó en su Padre, pero cuya fe y esperanza no se vieron liberadas de ser cuestionadas, negadas y luego rectificadas y ratificadas.

Del mismo modo, hoy la Vida Religiosa se ve acicateada con preguntas filosas, que hacen sangrar la fe y paralizar la esperanza: ¿tiene futuro la Vida Religiosa, esta Vida Religiosa?, ¿quedan impunes los abusadores?, ¿siempre la pasan mejor los "carreristas" ?, ¿las muertes son lo último?, ¿se puede esperar todavía?, ¿es verdad que "la esperanza no defrauda"? Ante estos cuestionamientos se impone re-cordar que nuestra fe y nuestro seguimiento se centra en un Crucificado-Resucitado, escándalo para los judíos, locura para los griegos y seducción para algunos (cf. 1 Co 1,23); una Víctima que es revelación de un Dios entregado en las manos de los hombres, y que ha querido relacionarse con sus creaturas a través del poder im-potente del amor que ofrece y no reclama.

Como la de Jesús, también nuestras biografías se escriben con opciones de esperanza (vida), que muchas veces son contestadas o negadas (muerte) y tienen que resurgir como el ave fénix desde esas contradicciones, pero ahora resignificadas en clave jesuánica (resurrección). Por eso, nuestra esperanza no es ingenua, sino que se fragua en la ambigüedad de la historia, a contramano, e implica una invitación a creer y a seguir



esperando (activamente), no solo luego de haber vencido la cruz –porque los victimarios siguen teniendo palabras penúltimas en esta historia–, sino también creer y esperar desde el seno de la experiencia misma del mal, del pecado y de la muerte.

Ser “centinelas de esperanza” implica cultivar una verdadera pasión por la realidad para poder realizar una lectura crítica de la misma, capaz de discernir las causales y responsabilidades de las situaciones de desesperanza que se están viviendo, pero capaz también de nombrar las situaciones de esperanza que van despuntando. Debemos acostumbrarnos a caminar y animarnos a acompañar el caminar en el claroscuro de la dialéctica presencia-ausencia, del ya-pero todavía no, del sentido y sin-sentido y, mientras tanto, a “cultivar la flor de la Esperanza /entre las llagas del Resucitado”, como nos invita el poeta, a cuya confesión nos unimos, dejándole la última palabra:

[...]

Yo, pecador y obispo, me confieso  
de soñar con la Iglesia  
vestida solamente de Evangelio y sandalias,  
de creer en la Iglesia,  
a pesar de la Iglesia, algunas veces;  
de creer en el Reino, en todo caso  
-caminando en Iglesia-.

Yo, pecador y obispo, me confieso  
de haber visto a Jesús de Nazaret  
anunciando también la Buena Nueva  
a los pobres de América Latina;  
de decirle a María: «¡Comadre nuestra, salve!»;  
de celebrar la sangre de los que han sido fieles;  
de andar de romerías...

[...]

Yo, pecador y obispo, me confieso  
de abrir cada mañana la ventana del Tiempo;  
de hablar como un hermano a otro hermano;  
de no perder el sueño, ni el canto, ni la risa;  
de cultivar la flor de la Esperanza  
entre las llagas del Resucitado.<sup>6</sup>

---

<sup>6</sup> Casaldáliga, “Yo, pecador y obispo me confieso”, 478-479.

## Bibliografía

Casaldáliga. *Antología personal*. Burgos: Trotta, 2023.

Francisco. "Spes non confundit. Bula de convocación del jubileo ordinario del año 2025". Vatican, [https://www.vatican.va/content/francesco/es/bulls/documents/20240509\\_spes-non-confundit\\_bolla-giubileo2025.html](https://www.vatican.va/content/francesco/es/bulls/documents/20240509_spes-non-confundit_bolla-giubileo2025.html) (consultado el 4 de diciembre de 2024).

González, Faus. *Memoria subversiva, memoria subyugante. Presentación de Jesús de Nazaret*. Barcelona: Cristianisme i justícia, 2001.

Moingt. *El hombre que venía de Dios II*. Bilbao: Editorial Desclée de Brouwer, 1995.

Moore. *El camino de la fe. Meditaciones a la luz (y a la sombra) del misterio pascual*. Madrid: San Pablo, 2022.